III.

Á CLAUSTRO PLENO.

Como en la escalera no había otra luz que la del mechero de la meseta del segundo piso, donde estaba el domicilio de *La Alianza Mercantil é Industrial, para*, etc., etc., el acaudalado Brezales tuvo que subir á tientas y con tropezones los primeros tramos, bisuntos, desnivelados y estrechos, y acometer después, con las manos por delante, los retorcidos corredores de la casa; porque de la luz del mechero, aunque estaba abierta de par en par la puerta de ingreso, no alcanzaba al interior más claridad que la estrictamente necesaria para que viera el entrante lo denso de las tinieblas en que se zambullía. Envuelto ya en ellas don Roque, comenzó por arrimar su abrigo de verano á la pared, creyendo que le colgaba de la percha, que debía de estar por allí, sobre poco más ó menos; y guiándose después por el rumor de las conversaciones de los consocios que se le habían anticipado, pudo llegar al salón que buscaba, sin detrimento grave de su respetable persona.

El tal salón era relativamente espacioso y esta-

ba empapelado de obscuro, por lo que no alcanzaban á ponerle á media luz las de seis medias velucas que se quemaban en dos candeleros de zinc bronceados, que había sobre la mesa presidencial, de modesto cabretón en blanco, con tapete verde, y en dos palomillas de hojalata, contiguas á las jambas de la puerta. La mesa de cabretón, tres sillas adjuntas á ella y como cuatro docenas más arrimadas á las paredes, componían el pobre, pero honrado ajuar de aquella estancia y de la casa entera, alquilada por lo más granado y pudiente del comercio y de la industria, etc... de aquel rico pueblo, para tratar, con el necesario reposo y la debida comodidad, los asuntos enderezados al «fomento y desarrollo de los intereses locales.» Cuando se constituyó la sociedad, el presidente (cuya elección fué una verdadera batalla, porque las falanjes de Brezales, que le disputaba el campo, lucharon como leones), que era hombre de buen gusto, y otra docena de «despilfarrados» como él, trataron de vestir y de alumbrar el local con cierta *decencia*, que, cuando menos, le hiciera algo llamativo, ya que no resultara, ni con mucho, en consonancia con el esplendor de sus altos destinos. Pero se presentó en la primera junta general un voto de censura fulminante contra los atrevidos, alegando los proponentes, entre otras cosas, que allí no se iba á hacer vida muelle y regalona á expensas de nadie, sino á trabajar y á desvelarse por el bien de todos; por el «fomento y desarrollo de los intereses locales;» que todos estos trabajos y

desvelos estaban reñidos con los perfiles del lujo, sin contar con que el comercio, el verdadero comercio, el comercio de los sudores y de los honrados afanes, era de suyo modesto, sencillo y, si bien se miraba, hasta un poco desaliñado y grasiento; que, después de todo, ¿qué más daba una banqueta de pino desnudo, que un sillón de terciopelo; una araña de treinta luces, que un candil de cocina? ¿Tenían algo que ver estas chapucerías de damisela con los importantes asuntos que iban á ventilarse en la casa de *La Alianza Mercantil é Industrial, para el fomento y desarrollo de los intereses locales?* Vela más, colgajo menos, ¿daban ni quitaban razones en los debates que pudieran promoverse allí? Hubo entre los *agredidos* de este modo quien se atrevió á replicar humildemente (en vista de que estaba con los suyos, para aquéllos y otros análogos particulares, en una insignificante minoría), que bien que el cogollo y nata de los acaudalados de la famosa plaza mercantil se sentara, para celebrar sus juntas más importantes, en banquetas de pino, ó en el suelo y hasta en cueros vivos, como los guerreros de Campolicán, si esto les parecía más cómodo y más barato, y hasta les engordaba; pero en cuanto al alumbrado, ¿por qué no había de aumentarse, siquiera con una libra de bujías, cuando las juntas se celebraran de noche, para no entrar á tientas por los pasillos y poder verse las caras los socios en el salón? Así como así, con el aumento de bujías y todo, no llegaría la cuota mensual de cada socio á media peseta.

Faltó poco para que se le zamparan por el atrevimiento los protestantes, cuyo *leader* era Brezales, no por roñoso, sino por haber sido derrotado por ellos en la elección de presidente. Y como, demás de esto, se había presentado ya otra proposición, que tenía muchos partidarios en la sociedad, solicitando que ésta se trasladase á un local que los firmantes habían hallado en un barrio más modesto, y que sólo rentaba cinco reales y cuartillo, importando muy poco, al lado de esta gran ventaja, las dos tabernas contiguas al portal, y la pobreza mal oliente de los vecinos de la escalera, los de la minoría, por no perderlo todo, transigieron en lo del alumbrado, y así seguían las cosas.

Se cuentan aquí todos estos pormenores, que á algún suspicaz pudieran sonarle á pujos de meterse de mala manera en la hacienda del excusado, ó cuando menos á voto de censura á los *araucanos* de aquella mayoría, pura y simplemente porque no se dude de la veracidad del historiador, al describir, como se ha descrito, la desnudez y las tinieblas de aquellos ámbitos, tan ilustres por sus destinos. Se sabe ya, pues, por qué no había más luz ni mejores muebles en el local de *La Alianza Mercantil é Industrial*, etc., etc., y queda á salvo de la tacha de inverosímil, entre las gentes «despilfarradoras,» la pintura que se hizo de aquel cuadro. Y adelante ahora con el cuento, es decir, con la historia.

Cuando entró Brezales en la sala, aún no había

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON 010479
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY

comenzado la sesión, y los concurrentes, de pie y fumando los más de ellos, departían en corrillos sobre el triple objeto de la convocatoria, ó sobre la importancia ó impertinencia de cada uno de los tres proyectos; ó bostezaban de fastidio, según las circunstancias y los genios; pero sobre todos los rumores del salón, descollaba la voz del proyectista, rebozada, digámoslo así, en el continuo y desacorde crepitar de los papeles que manoseaba y revolvía hacia un lado y hacia otro, hacia arriba y hacia abajo, golpeando sobre ellos á lo mejor y metiéndoselos al más frío por los ojos. Tras el hechizo de aquella voz se fué el bueno de Brezales, paso á paso y de puntillas, con las manos cruzadas sobre los riñones, la cabeza un poco vuelta y el oído en acecho. Llegó así al grupo, conteniendo hasta la respiración y haciendo señas con un dedo sobre los labios para que no se diera nadie por entendido de su llegada; se colocó detrás del sustentante, bajando mucho la cabeza y retorciendo un poco más el pescuezo para recoger, con el único oído que de algo le servía, hasta las migajas de aquel sabroso palabreo; y cuando el hombre que se desmedraba por el bien de sus ingratos convecinos puso fin al razonamiento que tenía entre dientes á la llegada de Brezales, éste, conmovido de entusiasmo, le abrazó por la espalda, exclamando al propio tiempo:

—¡Eso es hablar con substancia! ¡Eso es pensar con *aplome!* ¡Eso es hacer algo por el verdadero progreso de la localidad! Señores—añadió diri-

giéndose á todos los del grupo,—hay que votar eso y que apoyarlo... hay que echar hasta los hígados para que se realice, y para ello cuenten ustedes con lo que soy, con lo que tengo y con lo que valgo.

El de los proyectos se volvió hacia Brezales, de cuya presencia no se había percatado hasta entonces; y tras una mirada de alto abajo, que, bien leída, significaba «eso es lo menos que yo sé discurrir cuando me pongo á ello,» respondió en voz melosa y con disfraces de tímida:

—Gracias, señor don Roque; pero verá usted cómo no pasa ninguno de los proyectos, como sucede con todo lo verdaderamente serio y útil que se presenta aquí. Á mí, personalmente, poco me importa, porque confío en que no ha de faltar en el día de mañana quien haga justicia á mis desinteresados desvelos; pero lo siento por este pueblo que os vió nacer, en cuyo daño vienen á parar todas esas... miserias, por no decir otra cosa.

—¡Envidias! dígalo usted, y muy alto, porque es la verdad—exclamó Brezales, decidido ya á todo por obra de sus entusiasmos.—Envidia, envidia y no más que envidia.

—Eso—dijo humildemente el otro,—á Dios que los juzgue; pero bien pudiera ser.

En esto se oyó, hacia la única mesa que había allí, el repiqueteo de una campanilla clueca, señal de que iba á comenzarse la sesión. Los concurrentes, sin dejar de fumar los que fumando estaban, fueron arrimándose á las paredes del local,

descubriéndose poco á poco y sentándose en las sillas. Ocuparon las suyas detrás de la mesa el presidente y dos individuos de la junta directiva; y después de los trámites de reglamento, aquel señor, de buena traza por cierto, con palabra bastante fácil y no mal estilo, dió cuenta del objeto de la reunión. Hecho esto, dijo:

—El señor don Sancho Vargas tiene la palabra.

El aludido por el presidente era el hombre de los tres proyectos. Ocupaba una de las sillas arrimadas á la pared frontera á la mesa. Le hería de lleno la extenuada luz de uno de los cabos de la puerta, y se le distinguía bastante bien á tres ó cuatro pasos de distancia. No había nada más visto que él en la población, y quizás consistiera en eso el poco relieve que daba su persona en el flujo y reflujo, en el ir y venir del público semoviente. No chocaba por alto ni por bajo, por flaco ni por gordo, por guapo ni por feo; lo mismo *decía* su cara afeitada al rape, que con barbas; igual le sentaba el vestido flojo y descuidado, que el traje de media etiqueta, y tanto daba suponerle una edad de cuarenta años, como de sesenta y cinco. Las dos caían bien en su físico adocenado é insignificante. No era nativo de aquella ciudad, á la cual, siendo él muchacho aún, se había trasladado su padre desde otra relativamente cercana y donde la suerte no se le mostraba muy propicia en sus especulaciones mercantiles. Mientras fué mozuelo, no se le conocieron otras aficiones que el atril del escritorio, el fisgoneo de las vidas aje-

nas y la compañía de los «señores mayores.» Muerto su padre, continuó él, su heredero único, los negocios de la casa, ni muchos ni muy lucidos. Esto acabó de afirmar allí su reputación de juicioso y *serio;* y como hablaba en juntas, comisiones y corrillos *formales*, y *ponía* comunicados en el «órgano de la plaza» sobre el ramo de policía y capítulos del arancel de Aduanas, y nunca se sonreía, y además desdeñaba el trato de los hombres algo mundanos, artistas, poetas y demás «gente perdida» de la sociedad, ciertos señores del comercio le admiraron, y aun le juraron por *listo* y por capaz de todo lo imaginable... Y como la espuma desde entonces.

Alzóse el tal de la silla, con el rollo de sus papeles entre manos, y comenzó á hablar en estos términos, palabra más ó menos, con voz lenta, algo flauteada y temblorosa, como la de aquél que tira del hilo de su estudiado discurso con miedo de que se rompa ó se le trabe á lo mejor:

—Señores: me levanto con el temor y la cortedad que son propios de las personas humildes como yo, cuando, después de concebir grandes, colosales proyectos, se creen en el deber patriótico de exponerlos ante un concurso tan ilustrado como el que en este momento me presta su atención. (*«¡Bravo!» en varias partes de la sala.*) Además de estos motivos, hay otros particularísimos á mi humilde persona, que me hacen confiar muy poco en el buen éxito de mis tres últimos proyectos; y digo últimos, porque, amén de los ya bien conocidos

de todo el mundo, tengo otros, igualmente vastos y transcendentales, que no conoce nadie más que el modesto ciudadano que tiene el honor de dirigiros la palabra en este instante, y que de día y de noche, robando las horas al sueño y al descanso corporal, se sacrifica al bienestar de sus semejantes y al engrandecimiento de la ciudad que casi le vió nacer. *(¡Ah! ¡Oh! ¡Mucho! ¡Mucho!)* ¡Gracias, señores míos; gracias por los alientos que me infundís con esas muestras de cariño á mi humilde persona! Y ya que se toca este punto, entiendo yo, señores, que estoy en el deber de dejarle bien ventilado antes de pasar más adelante en mi discurso. Sí, señores: yo me desvelo, yo me desmejoro, yo me desvivo por hacer algo, por crear algo, que no se ha hecho aquí todavía, porque quizás no se ha sabido hacer, ó no ha habido hombres con bastantes agallas para intentarlo. Yo con la pluma, yo con la palabra, yo con mi prestigio (que alguno tengo aquí y fuera de aquí, aunque me esté mal el decirlo), he trabajado, vengo trabajando, como todos sabéis, de muchos años á esta parte, en todos los ramos de los intereses materiales: desde la policía urbana, hasta lo que vais á tener el honor de conocer dentro de unos instantes; y todo por la prosperidad y engrandecimiento del pueblo que os vió nacer; y debo decirlo muy alto: me envanezco de verme poseído de este sentimiento patriótico; de ser tan patriota como el primero... ¡más patriota que ninguno de mis convecinos, por muy patriotas que sean! *(«¡Bravo, bravo!» en los sitios de costumbre.)* Pues bien, señores, así y todo, yo tengo enemigos, y de muy varias calidades: hay quien pone tachas á mis concepciones, y más de dos sabiondos que llaman *de zapatero* á mi estilo. Así, señores, *¡de zapatero!* Claro está, señores, que yo desprecio estas miserias, porque estoy á inmensa altura comparado con toda esa cáfila de charlatanes envidiosos. *(«¡Por ahí, por ahí!» en las sillas de siempre.)* Sí, señores, ¡de envidiosos! ¡La envidia! Ésta es la rémora en este desdichado pueblo que casi me vió nacer *(¡Bravo, bravo!)*, donde jamás habrá armonía entre los elementos pudientes, ni se llevará á cabo mejora que valga dos cominos, porque á los hombres de genio se les ahoga; y basta que una cosa la proponga Juan, para que la combata Pedro, su envidioso enemigo, por buena y útil que ella sea...

Al llegar á esta palabra el orador, le atajó el presidente con un recio matraqueo de la campanilla acatarrada.

—Estoy á las órdenes de *Su Señoría*,—dijo enfáticamente el atajado, soñando, quizás, en sus modestas alucinaciones, que en aquellos instantes estaba trabajando por el bien de la nación entera en los escaños del Parlamento, á la faz de la Europa, que le decretaba retratos de cuerpo entero en las cajas de cerillas.

—Déjese usted, señor Vargas—contestóle el presidente, con una suavidad que cortaba un pelo en el aire,—de pomposos tratamientos que no corresponden á la humilde categoría del puesto que

aquí ocupo, y tenga la bondad de considerar que todo eso que usted nos cuenta está fuera de su lugar en esta ocasión y en este sitio, además de ser muy grave.

—¡Muy grave?—exclamó el de los tres proyectos, con fingida pesadumbre, porque se relamía de gusto interiormente al caer en la cuenta de que, sin pretenderlo, había revuelto un poquitín de cisco, á modo de incidente parlamentario.

—Muy grave, sí—insistió el presidente,—y muy fuera de sazón, como se lo voy á demostrar á usted.

Y se lo demostró en muy sencillos razonamientos. Sancho Vargas, como todos los *humildes* de su calaña, tenía por enemigos y por envidiosos á cuantos discrepaban de sus rotundos pareceres en lo más mínimo, y no acataban sus proyectos como á las palabras del Espíritu Santo, cuya sublime autoridad no había alcanzado *todavía* él. Siendo esto notorio, como igualmente lo era que á sus instancias estaba reunida allí la Sociedad para *discutir* la importancia de los proyectos que él sometía á su juicio y á su dictamen, ó sobraba la reunión, ó estaban de más las palabras duras con que el proyectista castigaba de antemano á los que pusieran tachas á sus obras.

—Por lo demás—añadió el presidente,—¡dichoso usted, que tiene enemigos que le envidien! Para mí los quisiera yo; porque, ó no entiendo jota en achaques de la vida, ó sólo es envidiable y envidiado lo que descuella sobre la masa anónima del

vulgo. En ningún tonto se ceba jamás la envidia.

Aquí se clavó el de los tres proyectos, tomando por donde más le halagaba la sutil ironía del presidente; y no fué poca fortuna para todos, porque con los razonamientos anteriores, que le escocían como un vapuleo, iba hinchándose de «noble indignación» el vapuleado; sus partidarios se retorcían en sus asientos, y á don Roque se le encrespaban los pelos grises: señales todas de una borrasca que, por poco que durara, había de durar más que la luz de las seis velucas, que se corrían como unas condenadas y se anegaban en lagrimones como rosarios de almendras.

En fin, que tras del obligado tiroteo de explicaciones, y protestas, y salvedad es entre el orador y el presidente; dos intentonas malogradas de don Roque de arenga fogosa á sus partidarios para que, «como un solo hombre,» empujaran avante en la sociedad los grandiosos y salvadores proyectos de aquel perínclito ciudadano (*paráclito* dijo él), que de su cuenta quedaba después sacarlos triunfantes *arriba* con la fuerza de sus influjos, bien conocidos de todos; una ligera escaramuza, nacida de estos malogros, entre Butibambas y Muzibarrenas, por asomos de los nunca fenecidos resabios de prepotencia tradicional entre las dos *dinastías*, y vuelto á lanzar el *quos ego* por el presidente para calmar el agitado oleaje de aquel mar insulso, desenfundó el hombre de los tres proyectos los papelotes del primero, y comenzó á dar cuenta de él. Decía el rótulo:

Medios de mejorar las condiciones higiénicas, económicas y morales de la masa obrera de esta capital.

Después iba un preámbulo enorme, en que se discurría larga y perezosamente, hasta con citas en latín de *Breviario*, sobre la reciprocidad de deberes entre los pobres y los ricos; causas, concausas, efectos mediatos é inmediatos de las crisis mercantiles del mundo conocido, y, por consecuencia, de las actuales penurias «del proletariado trabajador;» y por fin y remate se exponía el modo razonado, «en el humilde concepto» del razonador, de redimir al obrero de aquella localidad de las dos tiranías más insoportables y perniciosas: la tiranía del propietario, y «la del aire putrefacto ó corrompido.» Para conseguir este gran triunfo, se fabricaría un barrio de obreros, al tenor de lo marcado en los croquis que acompañaban á la Memoria, en el extenso campo baldío «radicante» al extremo Oeste de la población. Las casas serían anchas y bajas, aisladas unas de otras, con su jardincito delante y su huertecito atrás; su comedor con estufa para el invierno, y una terraza al saliente para jugar las criaturas y tomar el fresco toda la familia en las noches de verano; amplia y bien soleada cocina, con servicio de agua á caño libre... y por el estilo lo restante.

—Y ¿cuántas casas de esas entran en el proyecto?—preguntó un socio impaciente, no se sabe si con recta ó torcida intención.

—Todas las que se necesiten,—contestó con altivez el sustentante.

—Vamos—replicó con suma humildad el otro,—á razón de una por cada obrero que se presente. ¡Pues casas son! Y suponiendo que haya terreno bastante para construir esa nueva ciudad, ¿de dónde ha de salir lo que cuesta tan grande obra?

—De donde lo haya, y sin meter mano en las arcas de usted—respondió muy amoscado Sancho Vargas,—como hubiera usted visto inmediatamente sin necesidad de preguntármelo. ¡Bueno estaría, señores, mi proyecto, si, por aliviar las cargas de esa benemérita clase menesterosa, arrojara yo otra tan pesada sobre los hombros de los pudientes! ¡No, señores, no acabo de caerme de un nido! (*«¡Bravo!» en algunas sillas. Don Roque guarda la frase feliz en su memoria, para utilizarla en la primera ocasión que se le presente.*) Se cuenta con que el Ayuntamiento, disponiendo de lo que es suyo, ceda el terreno gratis, y con que el Gobierno de la nación dé el dinero necesario para las obras. (*Rumores de varias clases en todas las filas del salón. El presidente se rasca suavemente la cabeza con un dedo encorvado, y dice algunas palabras al vocal de su derecha, que cierra los ojos, y, á su vez, se rasca la barba con otro dedo, encorvado también.*)

—¿Tendría la bondad de decirnos el señor don Sancho—preguntó un socio muy cortés de la minoría,—si se ha de pagar algo por vivir en esas casas?

—¡Buen nabo arrancaría el pobre obrero con el regalo que tratamos de hacerle—respondió con olímpico desdén el sustentante,—si tuviera que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

pagarle en alquileres! Para no salir de tiranos, ¿á qué redimirle del casero, que le esquilma hoy?

—Entiendo yo, señores—dijo á esto un concurrente que era dueño de unas cuantas viviendas de gente pobre,—que no son mayormente... ¿cómo lo diré?... correctas, ciertas expresiones que el señor de Vargas ha dedicado á los dueños de casas de poco precio; y entiendo, además, que, como no se las ha dado hechas y de balde el Gobierno, á ninguna ley de arriba ni de abajo faltan cobrando, tarde y mal, la miseria que les paga el pobre que quiere vivir en ellas.

—¡Oh, mi señor don Celedonio! Yo le juro á *Su Señoría*, quiero decir, á usted, con la mano puesta sobre mi honrado corazón—exclamó entonces el orador, balanceándose mucho de medio arriba, de puro sumiso y complaciente, pero al mismo tiempo asombrado del poder de su palabra revoltosa y del arte que le había infundido el cielo para brillar «en su día» entre los adalides más famosos de «los Cuerpos Colegisladores;»—yo le juro, repito, que no he tenido la menor intención de ofender á la honrada y benemérita clase de propietarios y contribuyentes por lo urbano. Si alguno ha entendido de otro modo esas palabras, pronunciadas en el calor de la improvisación, y no se cree satisfecho con esta declaración de un hombre que no miente jamás, yo las retiro desde luégo. (*«¡Bravo! ¡muy bien!» en las sillas de siempre.*)

—Corriente, y á otra cosa—replicó el llamado

don Celedonio;—y ya que estoy en el uso de la palabra, tenga la bondad de decirnos el señor don Sancho quién va á pagar á los inquilinos de esas casas en proyecto el agua á caño libre que ha de haber en ellas, y de dónde ha de salir el dinero para reparaciones y demás.

—Voy á satisfacer la curiosidad de usted—respondió el interpelado,—porque aquí consta ese considerable pormenor, como todos los que atañen al proyecto; y á su tiempo los hubiera conocido la sociedad, si las impaciencias de algunos no me hubieran obligado á cambiar de método en la exposición del plan entero. Esos dos importantes renglones á que usted se refiere, se cubrirán, con sobras, según el irrebatible cálculo que consta en la Memoria que quedará sobre la mesa, por medio de un impuesto sobre varios artículos de lujo, y de otro, personal, sobre el pasaje trasatlántico que toque en este puerto en toda clase de embarcaciones. (*¡Ah! ¡Oh!*)

—Bien estará todo eso cuando usted lo ha hecho y lo cree realizable—díjole el don Celedonio, probablemente con la mejor intención, porque no era hombre de segundas;—pero entiendo yo que va á ocurrir una grave dificultad el día en que esa nueva ciudad esté concluída, porque el Ayuntamiento haya dado los terrenos, el Gobierno el capital, y el impuesto sobre indianos y otros artículos de lujo se haya dejado cobrar como una seda; y esa dificultad es, entiendo yo, la de que al hacer el reparto de las casas, la mitad de la clase pudiente se va